

RESEÑAS

MIGUEL ANGEL MENÉNDEZ, *Nayar*. Novela.—México, 1941. 278 pp.

El movimiento social moderno de México ha contribuido a renovar la literatura nacional. Algunos grupos permanecieron, no obstante, al margen de las solicitudes de aquel sacudimiento revolucionario. Estos grupos no pueden presentar la excusa de carecer de técnica o de sensibilidad para intervenir en la interpretación del nuevo sentido de vida descubierto en nuestro país. Aquella inhibición se debe a prejuicios de escuela; a herencias mal entendidas de las épocas anteriores y a la falta de maestros activos y responsables. Los tales grupos permanecieron —y aún permanecen— vinculados a la etapa postrera de los núcleos bizantinos de la Dictadura. Estos grupos cambian de modelos, pero no de posición espiritual ni de conciencia humana. Siguen creyendo que la única conciencia humana manejable para el escritor es: la individualidad. De entre ellos, sólo por rarísima excepción, es posible advertir a algún poeta que reaccione contra aquella tutela y se apreste a salvar su personalidad, poniéndose acorde con el clima, el metal y la razón que la vida real de México reclaman. ¡Loda sea esta excepción!

Pero al lado de tales grupos se han venido desenvolviendo algunos escritores de aparente aislamiento. Estos escritores, cuyos nombres conocemos y que podríamos empezar a enumerar pronunciando el de Mariano Azuela, han contribuido a elaborar —cualquiera que sea la posición política a que obedezcan— la auténtica novela mexicana: es decir, la novela que corresponda, por su tesis y su forma, al destino —a veces indefinido, pero no por esto menos cierto— de nuestra vida social. Tras el nombre de Azuela se pueden decir otros. No hay necesidad de decir muchos. Bastan cuatro: López y Fuentes, Martín Luis Guzmán, Rubén Romero, Rafael Muñoz. Cada uno de estos novelistas ha sabido responder a las preguntas formuladas por la vida y por la literatura nacida de aquélla. Las respuestas no siempre han nacido dóciles, ni sencillas, ni veraces. No importa si detrás de ellas está vigilante la responsabilidad moral de un hombre. Algunas no han sido ni si-

quiera respuestas, sino que, ariscas, se han convertido, a su vez, en preguntas y también en denuncias. Los temas entrañables es posible que estén demasiado cerca para permitir un recto juicio, una limpia emoción, una equilibrada interpretación. Los temas se debaten chocando sus intenciones y olvidando, con frecuencia, sus raíces.

El último nombre pronunciado ha sido el de Miguel Angel Menéndez. Su novela *Nayar* —cuyo tema e idioma corresponden a la vida de la provincia de los coras— constituye un verdadero acierto en su concepción y en su realización literaria. Pueden explicarse estos asertos. Pueden, además, ser fácilmente explicados.

Nayar es una novela rural. Novela del campo. Pero no es una novela del campo absorbido por la civilización urbícola. Se refiere siempre al campo inédito, cuajado aún de misterios, de voces, de sombras y de hombres que carecen de tiempo para medir sus pasos y de espacio para saber sus dominios. Se habla en *Nayar* de un campo que, ante las sollicitaciones de la vida actual, permanece hermético, sometido a sus destinos, a sus propias tragedias y a sus inefables gracias. Cuando, en el campo de que habla, hay un destello de liberación, es consecuencia de la intuición de la sangre que guarda bajo la maleza podrida de su suelo. Es la sangre de sus indios. La sangre de los indios, nunca se sabrá bastante, tiene virtudes que nosotros los blancos y los mestizos apenas si empezamos a comprender. Cuando no la comprendemos bien deberíamos resignarnos a sentir su influjo. De tal influjo habrá de salir, en el peor de los casos, la conciencia del dolor. Será como si se nos diera aquella lección antigua de la Iglesia: el hombre ha sido creado para su prójimo, que es lo que está, por excelencia, próximo a su carne y a su espíritu.

Y este es uno de los temas básicos de *Nayar*. Su desarrollo no lo realiza el autor —aunque los indique— por medio de capítulos. Los capítulos determinan, casi siempre, una división episódica, cuya naturalidad bella se nota en *Don Quijote*, cual en ninguna otra novela célebre. Su desarrollo es continuo, como es continua la vida ciega de lo vegetal y de lo mineral. El hálito del hombre que pasa por aquella narración es lo que determina el alto, el compás de espera para dividir, en medio de aquellas luces y de aquellos sombras, el orden que se avvicina, el orden que nace. De esta especie de confusa planificación de la novela depende, a nuestro entender, la emoción más honda que logra. Se está dentro de la manigua; se respira su calor húmedo, su frío seco, su viento ríspido, su miedo oculto, su poder indescriptible. La manigua no se ve; es una atmósfera, un clima. Y dentro de su clima vivimos y soñamos. Y el indio, el hombre de esta manigua, tiene el raro privilegio de sentirse por encima del torbellino. Es víctima y victimario en la manigua de su región. Surge así un anhelo patético: el anhelo de la ascensión del pueblo. El pueblo, aun ahí en las leyendas de sus antepasados, degollando los fantasmas que sus propias sombras crean, cercenándose

las manos sobre las llamas de las hogueras de sus brujos, ahogando sus gritos en el retumbar de las cuevas arcaicas, dejándose maniar por aquella vida de ignorancia, rasga con los puños la niebla, se alza sobre ella y se salva. Y es que la vida india de México tiene ocultas energías que le sitúan más allá de las fuerzas que la constriñen, en un estadio de liberación. *Nayar* es la narración —antes que la novela— de lo que pasa en la entraña espiritual y material del indio mexicano y de lo que es capaz de realizar, aun aherrojado a la sombra de su propio abandono.

La realización literaria de *Nayar* tiene altas calidades. Como diría, con propiedad estética, Moreno Villa, tiene su prosa un buen timbre, un claro sonido de metal de quilates. La prosa de Miguel Angel Menéndez responde a una condición nacida de escritor. Los descuidos que alguna vez se notan, son eso: descuidos. Nada más que descuidos. Pero el ritmo, interior y exterior, de la frase de los períodos está saturado de genio idiomático: reciedumbre cuando es preciso, dulzura cuando es necesario. En todo momento, sin flaquezas, es un bello idioma el que realiza Miguel Angel Menéndez.

ERMILO ABREU GÓMEZ

JORGE ROJAS, *La forma de su huida*, Poemas.—Bogotá, Editorial Centro, S. A., 1939.

El envío directo entre autores, la bondad de algún amigo o el privilegiado azar suelen seguir siendo y parece que lo serán indefinidamente, las únicas vías para conocer a muchos poetas de nuestra América, al margen de las referencias bibliográficas de periódicos y revistas.

A Jorge Rojas le conocíamos desde hace unos años por algunos poemas y por alusiones encomiásticas de escritores colombianos; a Gregorio Castañeda Aragón —escribimos siempre con agrado su nombre— debimos el placer de saborear el manjar lírico de *La forma de su huida*, libro en el cual Rojas puso altas esencias poéticas que le ganan sitio prominente en las letras hispanoamericanas. No hiperbólicamente le dice con atildada palabra Antonio Llanos, en el soneto "Palabras a Jorge Rojas", que introduce el libro:

Yo te canto cantando la armonía
y para el curso de la noche bella
para que goce en ti la poesía.

Bajo la advocación de Juan Ramón Jiménez ("Sólo queda en mi mano — la forma de su huida"), de Pedro Salinas ("Sabes ya que no eres — hoy, aquí, en tu presente — sino el recuerdo de tu planta un